

PARA EL NUEVO AÑO

Quién sabe si será porque en esta hora nos oprime las sienes un abatimiento intenso, ó porque en verdad carecen de efectivo prestigio las labores de emancipación realizadas por el grupo trabajador del país en el curso del año que agoniza, que no las considera nuestro pensamiento dignas de mención alguna que signifique alabanza ó cuando menos aplauso, sino, que al contrario, las conceptúa merecedoras de un enérgico reproche: han sido vanas, estériles, la agitación política con los tumbos de su perfidia se encargará de hacer trizas sus resultados, uno á uno, uno en pos de otro, hasta que al fin ni siquiera la vibración de su recuerdo quede en el dorso de los erizados arrecifes sobre los cuales habrán de ser atrozmente aniquilados.

No como á otros corazones entusiasman al nuestro los frutos recogidos en ocasión de la noble iniciativa recientemente efectuada en la hermana tierra salvadoreña. Ellos también se desmoronarán bajo la planta del comercialismo repugnante que en este momento inicia su merodeo fatal.

Y es mentira que el inconsistente movimiento obrero de esta ciudad haya bastado, como ingenuamente se afirma, para consolidar la unión de los trabajadores en la forma que desde tiempo se ansía efectuarla, con justo y digno anhelo. El regocijo de una noche; el regocijo instintivo de una fiesta,—en buena parte reflejo de otras que la comunidad obrera manifiesta acremente desdeñar,—no ha de reputarse halagüeño augurio de prosperidad si se considera que á más de que las intrigas estorbaron su pacífico disfrute, nada hay tan desconsolador como el criterio que ciertos compañeros invocan para justificar que tales festivales consuman los dineros escasos y duramente obtenidos que en obras mejores debieran ser gastados. Pues sostienen ellos que si no se recurre á esa especie de atractivos es de todo punto imposible lograr que los obreros se agrupen; que debe empezarse por proporcionarles motivos de placer, y, que, luego, en momentos que la alegría los hermana es cuando cabe que las ideas y los ideales enciendan sus faros para mostrarles la amplia ruta que hacia la apropiación de sus destinos ha de conducirlos. Pero mientras las ideas mismas no los impulsan: en tanto que no sean los propios ideales los que les brindan selectos deleites y les produzcan fervidos entusiasmos, toda tentativa, todo empeño, vano será como las vespertinas refulgencias, que tan solo permiten crear la ilusión de que no va á ser negra y fría la noche que después de ellas soberanamente se distiende y lo domina todo con su soledad, con su silencio.....

Más allá todavía llega el infantil imaginar de ciertas espíritus que inconscientemente, sin duda, atribuyen estupendo valor al criterio tradicional, desmedrado é ilícito, que asegura no ser menester que haya determinada relación de causalidad entre el fin que tiene en mira y el medio que para lograrlo se escoja,—manera de pensar que es normal, entre nosotros sobre todo, en materias políticas y que da origen al rimero de morbosidades trascendentales que cada lucha eleccionaria deja pesando sobre la oscurecida conciencia nacional. Y así dicen, que mientras tenga vigor el propósito de formar la federación obrera,—propósito que nadie vacila en considerar ciertamente prolífico y aun indispensable como punto de partida de toda otra actuación eficiente del proletariado,—no importa cuál sea la clase de recursos que se adopten para provocar su advenimiento, de donde resulta que hasta se ha creído conveniente autorizar la existencia de juegos de azar en el seno del club que primero se organice. Eso es sencillamente vergonzoso. Si para obtener asistencia á una disertación, á una clase, á una lectura ó un debate relativo ó cualquier asunto, es menester la previa atracción que el vicio ejerce, no vale la pena que se concurra á conferencias que se oigan lecciones ni que se lea ó discuta, pues los espíritus que necesitan el incentivo de la alegría insana para disponerse á emprender labores serias, que requieran entusiasmo, desinterés y absoluta conciencia de su finalidad para ser llevadas á venturoso término, incapaces son y serán, sin restricción alguna, de tomarlas á su cargo inteligente, sincera y generosamente. Cuando la fortuna les sea adversa, por un capricho del cubilete maldito, ó el licor traicione la fe que las primeras libaciones inspiraron, amargamente, con implacable dureza, caerá hecho pedazos el noble empeño y sobre él desfallecerán los ánimos que de modo sano se irguieron, con decisión de proseguirlo. Tal es la cruel realidad de la falsía y así son de funestas sus resonancias.

Si de manera semejante se ha de trabajar; si se carece de fé en la virtud del alma proletaria,—cuyos vicios sólo en pequeña porción le son imputables,—no se insista torpemente en fomentar la unión, la solidaridad, como se hace, porque ninguna cristalización,

sería al cabo duradera, sino antes bien, fácilmente deleznable. La política,—ya lo hemos dicho,—daría fin á la mejor adiestrada colaboración de esfuerzos. La política,—especialmente la nuestra, que es casi siempre un despreciable tráfico, un lujurioso amancebamiento de ruindades,—por razón de su misma naturaleza perversa, es opuesta á todo cuanto no esté comprendido en la zona de la mezquindad ni tenga por sostén la conveniencia y el lucro. De ahí que su fuerza tienda necesariamente, por ley defensiva, á ejercer en el sentido de extinguir las manifestaciones del doctrinarismo sano. Y ese su poder de destrucción se ejerce con tanto mayor buen éxito cuanto menos robusta sea, á causa de los elementos que se hayan congregado para crearla, la idealidad que se le enfrente.

El año que muere ingrato ha sido para la suerte del engrandecimiento proletario; no han sabido los hombres aprovechar los auxilios inmensamente valiosos del tiempo. Que antes de morir nos vea al menos, á todos los que sentimos las inquietudes del más allá, formular, de todo corazón, la promesa de consagrarle mayores afanes á nuestros ensueños, mientras corran los días que sobre su tumba encenderán bien pronto la luz de otra época. Y que esos afanes antes que perderse entre la algarabía de las realizaciones prontas y por lo mismo efímeras, arrumben por las sendas de la constancia y del estudio hasta donde sea necesario llegar para recibir la iniciación suprema bajo cuyos efluvios brote en el corazón obrero la conciencia perfecta del Ideal.

DE HUMANIDAD

HOJA OBRERA se encuentra en este momento en el caso de cumplir uno de los tantos deberes que le imponen sus doctrinas y para hacerlo ha de recurrir al amparo de aquellos de sus lectores que sienten hacia ellas devoción. Penoso le es optar tal forma de tarea pero necesariamente debe hacerlo así.

En la cárcel de varones de esta ciudad descuenta actualmente una condena impuesta por la policía, un individuo que á causa de la especie de falta por que fué castigado ha sido víctima por parte de la prensa y del público inconciente, de tan hondo desprestigio, que cuando abandone el presidio no encontrará, como los demás penados, medio alguno de sostener su vida ni tampoco, desde luego, la de las personas á quienes tiene obligación de ayudar, pues á más de habersele desposeído con la difamación del arma mejor de lucha, carece en absoluto de medios pecuniarios y sus capacidades de otra índole no son de las que por sí solas permiten siquiera un relativo bienestar mucho menos en este país en donde el simple trabajo honrado y constante tiene tampoco valor efectivo. Ese hombre, fuera de aquí, en cualquier otra tierra, si encontraría cómo vivir aún cuando fuera de un modo doloroso. Aquí no: llega á tan lamentables extremos la carencia pública de humanidad, que se nos ha asegurado que hay gentes dispuestas á castigarlo personalmente cuando salga de la prisión; y basta eso para comprender

que si intentara proporcionarse la manera de trabajar, todas esas gentes que inconscientemente ó de otro modo desean hacerle daño, estarían prestas á obstaculizarle cuanto camino se propusiera tomar.

Es pues urgente facilitarle la salida del país aunque ello no se hiciera en condiciones excelentes. HOJA OBRERA quiere que sus lectores le ayuden en ese sentido; y al efecto, su Dirección se encarga de recoger las contribuciones que tengan á bien enviar. A quien lo solicite se le darán explicaciones detalladas y concretas acerca del caso á que se hace referencia. No discutamos todavía si tiene ó no la sociedad derecho de castigar: pensemos solamente que si usa de ese derecho no puede ejercerlo en una zona más amplia, cuando se trate de infracciones legamente punibles, que la marcada por la ley. Y ya que nuestra cultura moral no permite todavía la creación de sociedades que protejan la desgracia de los delincuentes que han descontado su pena, cabe y urge que las personas de corazón bien conformado aprovechen ocasiones como la presente para hacer la pública iniciación que en mejores horas ha de darles nacimiento.

Seguramente los hijos del trabajo no negarán su cooperación á esta iniciativa: ellos son de alma que conoce los rigores del desamparo y no querrán que nadie los padezca. Las lágrimas del presidiario no pueden ser miradas con indiferencia por quien aspire á llamarse hombre.

Obreros en la Cámara

Como algunas personas andan propagando rumores infundados—con sana intención unos pocos y perversos los demás—respecto al nombramiento de diputados obreros en las próximas elecciones que se efectuarán en abril del año entrante, la prensa se ha dado la tarea de recoger esas noticias y publicar los nombres de algunos obreros, como candidatos á la diputación por la clase trabajadora.

No queremos discutir si los obreros favorecidos por la publicación son aptos para el desempeño de tan delicado cargo; pero sí debemos confesar ingenuamente que los trabajadores no

han pensado dar ese paso, ni están lo suficiente organizados para librar un combate electoral contra los enemigos de su suerte.

De su organización, y mediante el estudio concienzudo de las personas que pudieran representarlos, los obreros sacarían algo que en verdad fuera el exponente de sus necesidades económicas pero ellos no están todavía en esas condiciones, ni obedecen tampoco al anuncio que á bombo y platillos hacen los diarios en su afán de llenar las columnas con rumores aislados que carecen en absoluto de veracidad.

Para esa evolución—volvemos á repetir—los obreros no están preparados y los únicos que podrían hacerlo forman parte de la Sociedad de

En la Sastrería de GONZALO ARTAVIA

Es donde se trabaja el verdadero estilo americano y se atiende con verdadera decencia al público favorecedor.